



LITURGIA Y JUSTICIA: SU RELACIÓN

Volante nº 1: “Y, ¿de qué trata la liturgia?”

La Iglesia se ha embarcado en una gran renovación litúrgica en estos cuarenta y cinco años desde la apertura del Concilio Vaticano II. El culto en el lenguaje común de la gente, una apreciación y uso más profundos de la Sagrada Escritura, revisiones de nuestros ritos sacramentales, un mayor repertorio de música y una mayor participación laica en los ministerios litúrgicos todos han contribuido a lograr una de las metas principales del Concilio: “la participación plena, consciente y activa” de todos en la celebración de la liturgia.

Lo que muchos tal vez desconocíamos es que hubo un movimiento litúrgico muchas décadas antes del Concilio Vaticano II que preparó el camino para las reformas y cambios en la liturgia que el Concilio promulgó de manera oficial. Lo que también nos puede sorprender es que el movimiento litúrgico a principios del siglo 20, inspirado por tales pioneros como el monje benedictino Virgil Michel, estaba preocupado no simplemente por cuestiones de rúbricas litúrgicas y lenguaje, sino por cómo una mayor participación en la liturgia por todos los fieles de Cristo podría dar lugar a la transformación del mundo. Para el Padre Michel y otras cabezas del movimiento, la renovación de la sociedad en la justicia y la paz se lograría cuando la Iglesia viviera verdaderamente como el “Cuerpo Místico de Cristo” en el mundo. Y el lugar donde vieron que estamos más instruidos y preparados para ese rol como agentes de transformación social es la liturgia. Es especialmente en la celebración de la Eucaristía donde nos convertimos en el medio que Cristo utiliza para continuar su trabajo de salvación en el mundo.

Por tanto, la renovación litúrgica y el trabajo de justicia son inseparables. Lamentablemente, a veces se ha perdido esta conexión íntima. Hemos estado tan ocupados en “hacer la liturgia” bien, que es importante por supuesto, que hemos olvidado un propósito principal de la liturgia, es decir, convertirnos en Cristo y ser enviados (en latín, *missa*, que es de donde proviene la palabra *misa*) para renovar y transformar el mundo, y así ayudar a construir el Reino de Dios en nuestro propio tiempo y lugar.

En 2004, el Papa Juan Pablo II nos recordó esta conexión en *Mane nobiscum domine*, su Carta Apostólica para el Año Eucarístico (nº 28):

Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: “Quién quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el “lavatorio de los pies” (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía.

compartir activamente con los pobres (cf. 1 Cor 11,17-22. 27-34).

Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, en su primera encíclica, *Deus caritas est* (nº 22), escribe:

...practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra.

Incluso más recientemente, Benedicto XVI emitió la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*. En esta maravillosa y rica enseñanza sobre la Eucaristía, basada en las reflexiones del Sínodo de Obispos de 2005, el Papa reflexiona sobre las consecuencias sociales del Misterio eucarístico (nº 89):

En la perspectiva de la responsabilidad social de todos los cristianos, los Padres sinodales han recordado que el sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente. Dirijo por tanto una llamada a todos los fieles para que sean realmente operadores de paz y de justicia: “En efecto, quien participa en la Eucaristía ha de comprometerse en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias y guerras, y de modo particular hoy, por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual”.

Estas poderosas palabras nos otorgan una respuesta muy clara y desafiante a la pregunta “Y, ¿de qué trata la liturgia?”

Son especialmente adecuadas cuando observamos que la misma palabra “liturgia” literalmente significa “obras públicas”. En los tiempos romanos, *leitourgia* se refería a las obras públicas y a los proyectos de construcción del imperio –algo que una persona o un pequeño grupo financiaba para beneficiar a todos. Estos proporcionaban al imperio cosas como carreteras que existen hasta el día de hoy. Por consiguiente, nuestra plena participación en la liturgia no solo se refiere a la obra pública de rendir culto a Dios, sino de estar preparado y equipado para construir el Reino de Dios mediante las obras públicas de caridad y justicia: lo que denominamos la misión social de la Iglesia.

Al haber establecido la conexión entre la liturgia y la justicia, la próxima serie de volantes examinará las principales partes de la misa y notará su correlación natural con la Doctrina Social Católica. Observaremos la Liturgia de la Palabra, con un énfasis en el “Rito de entrada”, la “Proclamación de la Palabra”, y las “Intercesiones generales”; la Liturgia de la Eucaristía, donde nos enfocaremos en la “Preparación de las ofrendas”, la “Plegaria eucarística” y el “Rito de la Comunión”, y, si puedo tomarme un poco de libertad para agregar una tercera parte importante de la misa, la Liturgia del Mundo, que comienza con el “Rito de despedida”. Veremos las consecuencias directas de lo que hacemos y celebramos en la liturgia para nuestra vida y misión en el mundo. Descubriremos que los primeros reformadores de la liturgia y nuestros papas modernos han enseñado uniformemente, es decir, que la liturgia nos enseña y forma para la misión de establecer la justicia de Dios en el mundo, especialmente para los más pobres y vulnerables de nuestra familia humana, aquellos a quienes la Sagrada Escritura llama en hebreo los muy queridos *anawim* de Dios.



F
D
L
C

Liturgia y justicia, #44151 4ª parte de 4 © 2007 Federation of Diocesan Liturgical Commissions, 415 Michigan Avenue, N.E., Suite 70, Washington DC 20017. www.fdlc.org; email: publications@fdlc.org; voice: 202-635-6990; fax 202-529-2452. Autor: Lucio Caruso. Traducción: Marina A. Herrera, Ph.D., Arte gráfico: Jane Pitz.